

Prefacio

Rosario Athié

rathie@up.edu.mx

*Departamento de Humanidades
Universidad Panamericana*

Es bien conocida la afirmación aristotélica de que el ser humano es un «animal sociable»¹, de manera que los miembros de nuestra especie necesitamos unos de otros dada la condición de espíritus encarnados. Sin embargo, el individualismo actual tiende a hacernos pensar que se es más perfecto en la medida en que una persona se basta a sí misma y es capaz de decidir su futuro aisladamente y en función a sus propios intereses. Las consecuencias están a la vista y quienes no viven abiertos a los demás y a su bien, paulatinamente van promoviendo a su alrededor precisamente lo contrario a lo que es su mejor bien: vivir en comunidad.

Nos hemos propuesto hablar sobre la necesidad de propiciar la configuración de pequeñas comunidades que paulatinamente vayan recuperando el entramado social, tan dañado en tantas esferas de la vida. Para ello, es indispensable comenzar por fortalecer los lazos familiares, para que sea en su seno donde se aprenda, en primer lugar, a mirar por el bien del otro, como un semejante, como un «otro yo», alguien que, «como yo», es persona. La persona que

1. Cf. Aristóteles (2007), *La Política*, Gredos, México; p. 263.

es por definición alguien abierto, vinculante. Por lo que, el bien de mis semejantes es también mi propio bien.

Comentaba, con uno de los autores de este libro, una experiencia común en el mundo actual, en la vida cotidiana de un condominio multifamiliar. Quien mantiene en su vida la actitud humana de la apertura a los demás, cuando localiza un momento en que puede hacer un favor a uno de sus vecinos, se ofrece con gusto. Pero la sorpresa es recibir como respuesta el rechazo a tal ofrecimiento. Es decir, una persona necesita ayuda, pero no la acepta cuando la puede encontrar en un vecino por no sentirse comprometido a tener que corresponder. Las familias de un edificio se van quedando aisladas sin tener a quien recurrir en caso de necesidad, pero lo hacen voluntariamente. ¿Qué actitudes sociales responden a ello? Podemos mencionar el deliberado desconocimiento mutuo, la desconfianza, los prejuicios, la creación de barreras físicas y psicológicas.

Pero si de lo que se trata es de propiciar la configuración de la comunidad, ¿qué se requiere para pasar de un conglomerado de departamentos o casas, que comparten ascensores y pasillos, en una comunidad de vecinos y quizá incluso de amigos? Anoto a continuación algunas ideas:

En primer lugar, ser más conscientes de la *condición de necesidad* que es parte de nuestro modo de ser, porque todos tenemos un cierto grado o área de indigencia, lo que puede uno mismo experimentar, al igual que los demás. De manera que requerimos de la ayuda externa, al igual que las otras personas requieren de nuestro apoyo. En ocasiones, ello supone dejar de lado un cierto orgullo de autosuficiencia. ¿Qué hay en el corazón de una persona que con toda sencillez se percata de que a una señora por la calle se le ha caído el chupón del niño, se agacha a recogerlo y corre a alcanzarla para devolvérselo? En pleno Madrid, me decía una joven madre, que su experiencia es que cada vez que algo semejante le sucedía

era una persona de color quien le ayudaba. Ciertamente el sentido de comunidad está muy arraigado en el alma de algunas culturas y se manifiesta aun cuando se encuentra fuera de su comunidad original, por lo que con naturalidad se solidariza con las personas, y sin ninguna barrera está dispuesto a hacer un pequeño servicio a quienes se encuentra en el camino. Esta cultura que favorece la consolidación de comunidades es la que deseamos promover en este libro, a partir de la *familia*.

En segundo lugar, la amabilidad propicia la conformación de comunidad. Al permitirse la oportunidad de *ser amables unos con otros*, quizá inicialmente con el saludo, que no cuesta nada. Al saludar, los ojos y las personas se han de encontrar, de manera inicial. Se les puede sonreír y desear un buen día. También es una muestra de amabilidad y sencillez el reconocer que uno necesita ayuda y la acepta con agradecimiento a quien se la ofrece.

En tercero, ya que otra característica natural de los seres humanos es el habla, la comunicación, que deriva en el *conocimiento mutuo*. Este es otro elemento indispensable para conformar los vínculos que requiere la familia y la comunidad. Ciertamente existen diversos niveles de conocimiento, pero basta con uno esencial y básico para generar la posibilidad de vincularse inicialmente. Dependiendo del nivel de vinculación, será también la profundidad con que se conocen unos a otros y la fuerza de sus lazos mutuos. Por ejemplo, en el trabajo no hace falta hablar de problemas personales a profundidad, pero sí ayuda saber si una persona vive sola y en algún momento podría requerir de una ayuda, o si tiene un miembro de la familia enfermo en casa que le absorbe tiempo y preocupación.

Hay familias donde se sienten obligados a mantener las apariencias y no se comunican las dificultades por las que pasan. Tal actitud, lejos de fortalecer sus vínculos familiares, los anquilosan e incluso los tensan. Si no se está dispuesto a saberse limitado y

necesitado de la comprensión de los familiares más cercanos, es casi imposible que se ayuden entre sí y mucho menos se estará dispuesto a comunicarse en otros sectores de la vida.

El cuarto, propiciar el diálogo sobre *temas que son de interés común*, dejando el deseo de polemizar bien guardado en casa, para dar paso a los acuerdos que propicien el bien de todos los que conforman ese grupo de personas. En ocasiones hay que ceder en algunos temas para que haya espacio al bien común.

Pero a la comunicación sincera le precede el quinto elemento que es la confianza. Es esta posibilidad de fiarse de los demás el ingrediente indispensable para conformar cualquier vínculo estable entre las personas. Y, por tanto, la condición sin la cual no se conforma ninguna relación humana. La *confianza* supone aceptar a los demás y acogerlos como son. Para ello, ambos extremos de la relación han de ser confiables y mostrarlo en cada una de sus acciones. Por poner un ejemplo práctico, en las relaciones comerciales es indispensable contar con un cierto nivel de confiabilidad, de otra manera no sería posible trato alguno.

Existe un elemento más, del todo indispensable, que es el *amor desinteresado*, hasta donde nuestro pobre corazón es capaz. Y ello lleva a alegrarnos del bien ajeno, e incluso procurarlo. De lo contrario, se corrompen las relaciones humanas, porque comienzan a nublarse con el humo de los celos, e incluso de la envidia que lo estropea todo. En español, el saludo es un buen deseo; hay que superar la rutina y la superficialidad de no comprender que esos «buenos días» han de salir no sólo de nuestra boca, sino también del propio interior, del deseo sincero de que en todo le vaya bien, y que tal deseo alcanza a cada persona con la que nos encontramos, e incluso el compromiso proporcionado de que así sea efectivamente.

Propongo inicialmente, sin ser limitativo, estas *seis actitudes sociales*, que suponen una cierta empatía, es decir, el descubrimiento de que los otros son semejantes a mí, y por ello soy capaz de

sentir sus penas y sus alegrías, sus carencias y sus necesidades. Ello requiere de la aceptación de esta realidad que alcanza a todas las personas, y la puesta en práctica de esa actitud de solidaridad para con los que nos rodean. Sólo así es posible plantearse conformar o ser parte de una comunidad. Pero antes de abrirse a una comunidad más amplia, estas seis notas se han de aprenderse a vivir en la familia.

* * *

De la Familia a la Comunidad pretende hacer más explícitas dichas notas. Para ello, el texto se divide en dos partes: 1) la primera reúne los trabajos de corte filosófico y sociológico con una reflexión más general sobre el tema de la relación entre la familia, la comunidad y la vida doméstica; 2) la segunda presenta tres ejemplos diversos sobre cómo puede constituirse una comunidad: en la Academia de Platón, en la vida conventual de la Nueva España, y en la comunidad científica moderna y contemporánea. En definitiva, es un trabajo académico que espera ser un elemento que refuerce nuestros vínculos como colegas, así como entusiasmar a la comunidad académica internacional a interesarse por uno de los «grandes temas». Es decir –como he comentado desde hace años en un artículo del año 2000 titulado *Gratitud universitaria*– la labor académica se enriquece gracias a que se trabaja en un ambiente de amistad, donde reina la generosidad para ayudarnos unos a otros de manera gratuita, lo que resulta mucho más productivo, agradable y estimulante, en un ambiente cordial y colaborativo. El resultado ha sido muy satisfactorio y agradecemos el esfuerzo de cada autor para cumplir con los cortos márgenes de tiempo. Finalmente, reconocemos «por todo lo alto» a Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA), principalmente a Esperanza Melero y Javier Balibrea, a quienes se agradece su gran apertura y confianza para lograr que esta obra sea publicada.

